

debe ser sacerdote de la alianza.

¿Quién sabe cuántos años son necesarios ántes que nuestra Francia musulmana pueda bastirse á sí misma? Durante este intervalo es menester que Francia sea caritativa con Africa; posicion puramente moral para con los pueblos de Mahoma. Hélos colocados bajo nuestra tutela, y estamos en la obligacion de nutrir la conquista con nuestro pan y nuestra alma. Los buques franceses llevan á Africa el trigo de nuestra tierra, pero los pensamientos, el puro trabajo del espíritu, llegarán por vías más rápidas.

Sigamos, pues, elevándonos para dominar las guerras sagradas. Acabemos juntos el trabajo comenzado de la nueva vida, que debe no tan sólo fortalecer á Francia, sino comunicarse, tarde ó temprano, al génio extinguido de las razas del desierto. Si en el fondo de esas ruinas, de esos pueblos, de esas religiones caidas queda aun la menor chispa moral, Francia tiene la mision de hacerla brillar. Es necesario que tengamos bastante vida para resistir dos veces á la muerte, en Roma y en la Meca.

---

## CONFERENCIA IX.

---

### LOS PRECURSORES DE LA REFORMA.

Advertencias á la Iglesia: el cisma griego; la diplomacia introducida en el dogma.—El Renacimiento; reconciliacion de Grecia é Italia por la intervencion no de la Iglesia sino del arte.—Los albigenses.—Santo Domingo.—La inquisicion española: pensamiento del Coran bajo una forma cristiana.—La Reforma entre los poetas del Mediodía; entre los doctores.—El Papa y el concilio se desautorizan mutuamente.—Aparece una nueva autoridad: Juan Huss.—La IMITACION DE JESUCRISTO, libro de alianza entre protestantes y católicos.—Abre una nueva era.—Dios y el hombre conversan sin el sacerdote.—Último aviso.—Juana d' Arc; al poder del alma se le llama sortilegio.—Legitimidad de la Reforma.

Las épocas de que nos resta que hablar se aproximan á la nuestra; el suelo se caldea cada vez más bajo nuestros pasos. No encontraremos ya un solo acontecimiento en el mundo del espíritu que no nos ataña; mantengámonos, pues, en la region elevada en que vemos formarse las ideas de los pueblos, su génio, sus destinos y sus tempestades. Buscamos la verdad, la belleza, la libertad moral. ¡Qué nos importa lo de-



más! Pensemos tan sólo en permanecer conformes con nosotros mismos. En medio de tantas épocas como atravesamos, de tantos hombres, de tantos libros, la unidad inflexible de nuestro espíritu debe servir de base á la unidad de nuestro objeto.

Nada prueba mejor la inestabilidad del hombre que las revoluciones religiosas; parece que en su corazon tornadizo, Dios mismo muda y se cambia como él.

Hasta aquí hemos visto á la Iglesia católica y romana absorber á la cristiandad; fáltanos ver como, por un movimiento contrario, la ola cede y se retira. Anteriormente, las caidas mismas de la Santa Sede atestiguaban su fuerza; al fin de todo acontecimiento se entreveía á Gregorio VII: en adelante, el triunfo mismo envuelve un peligro; al extremo de todo se entrevé á Lutero. Quisiera averiguar donde está el primer presagio de la reforma; pero como la obediencia es antigua, la protesta lo es tambien. Apenas se han terminado las catedrales, cuando una fuerza desconocida comienza á minar sus fundamentos.

Si algun poder ha sido advertido anticipadamente de que una revolucion se preparaba, crecia, se aproximaba, es la Iglesia. Antes de que aquella estalle en el Norte, se anuncia lentamente en el Mediodía, pasa al pié del Vaticano, se oculta á sí misma bajo mil formas, ensaya todos los lenguajes, oracion, amenaza, poesía, ciencia,

heroismo, martirio. No hay nadie en el siglo XV que no sienta la necesidad de la reforma, nadie, excepto el que puede consumarla. Reúnense concilios de toda la cristiandad para elegir al papa innovador: nombran al que parece más ávido de porvenir. He ahí ya en la Santa Sede al hombre que con una palabra destruirá el cisma, previniéndolo; pero apenas entra en el Vaticano, todo cambia de color á sus ojos: el peligro desaparece para él, aprueba lo que condenaba. Se le ha elegido para que realice la revolucion, y abdica; su juramento fué solemne, lo olvida; ningun ruego puede conducirle á su cumplimiento; el reformador se convierte incontinenti en conservador.

Hablais de la ceguedad de los reyes, cuyas monarquías Dios quiere perder, de Luis XV á quien los presagios de la revolucion francesa no impiden dormir; pero ¡que diré del sacerdote de los sacerdotes, cuando su propio Dios le distrae, le encadena y le lleva adormecido al anatema de Lutero! Tal es el espectáculo á que hoy debemos asistir. La primera advertencia dada á la Iglesia romana es notable; llámase el cisma griego. Desde el siglo noveno es preciso renunciar á la unidad prometida; porque no se trata de una revolucion oscura; es toda una civilizacion, la hermana primogénita de Italia, Grecia entera con su fama quien se niega á reconocer la primacía del obispo romano. Grecia é Italia habían formado una misma unidad religiosa en la anti-



gitud, se separan en la época de alianza; el Panteon pagano las habia conciliado, el Vaticano católico las divide.

Si penetrais en el fondo de ese cisma, encontráis por parte de los griegos el pensamiento obstinado de que han trabajado más que nadie en constituir el dogma, y que no quieren deferir á otro la plena autoridad acerca de lo que es en gran parte obra suya; ¡revolucion del orgullo tanto al ménos como de la conciencia! Es cierto que toda la tierra de Grecia se sublevaba á la idea de que su génio, su lengua, desaparecerian ante la palabra y autoridad de Italia. Atenas, apesar de hallarse completamente convertida, no pudo descender á tanta humildad; las ciudades de Homero que habian nutrido tantos mártires, no se sometieron á flagelarse en su gloria pasada.

Lo confieso sinceramente, cuanto más considero ese famoso cisma del siglo noveno, ménos encuentro en él la explosion de un pensamiento impetuoso, de una conviccion espontánea que se produce y precipita sin cálculo. Me parece que Grecia busca la ocasion de la ruptura, que ensaya durante muchos siglos, con raro espíritu de política, el tema con motivo del cual podrá romper con los latinos sin comprometerse con el cielo; al fin triunfa, pero estos cismas voluntarios en que la diplomacia entra por mitad, crean doctores, no mártires; Focios, no Luteros.

De este espíritu de cálculo llevado al dogma en vez de la inspiracion espontánea, no me sería

difícil deducir todos los destinos de la Iglesia griega. ¡Cuántas veces recorriendo la Morea, el Atica, las Cicladas, me he obstinado vanamente en hallar la Grecia moderna! ¿Dónde estaba? ¿Qué ha hecho durante cinco siglos? Cuando Dante escribía en Italia. ¿qué poema habia compuesto? ¿Dónde hallar sus basílicas, sus monumentos escritos? La perseguía de valle en valle, y la quimera de la Grecia bizantina huía de mí á cada paso. En Mesina, Corinto, Argos, Atenas, encontraba algunas capillas ruinosas, formadas de trozos paganos, verdaderos plagios de mármol al pié de los templos de Júpiter panhelenico. Cristo parecía el vencido, Júpiter el vencedor. ¿Dónde resonaba el eco de S. Basilio y de S. Crisóstomo? Siglos hacía que sólo las cigarras llenaban con su canto la Iglesia abandonada.

No conociendo la causa de esta pobreza, acusaba á la naturaleza de demasiado sensual, al mar de demasiado pagano. Más tarde he comprendido la verdadera causa de lo que entonces únicamente era para mí motivo de asombro. Grecia llevo á cabo un cisma, no tuvo la audacia de hacer una revolucion; fué bastante atrevida para separarse, pero no lo necesario para crear una época nueva. Su ejemplo debe servir de enseñanza á toda la tierra; quiso romper con Roma sin tener un pensamiento más vasto que el de Roma. Contenta con vivir en el aislamiento, no pensando sino en sí, creyó que el bastaba separarse, del resto del mundo, que este era un proyecto



bastante levantado, que necesitaba crear un foco de vida para los demás. Llevó á la religion el egoismo político, y hé aquí lo que la perdió; después de haber dado el primer paso, le faltó valor para proseguir; se encerró en sus murallas ilustres, y su prudencia se volvió contra el la.

Constantinopla cayó el dia en que, separándose de Roma, no tuvo la ambicion de convertirse á su vez en la capital y el alma del universo cristiano. En este momento se vió que su destino se habia cumplido, lo sintió ella misma. ¡A qué esa inmensa ciudad cuyo corazon es tan pequeño! Se repliega, se retira, se calla; no volvereis á oír hablar de ella, sino para saber su ruina.

Si Grecia ha permanecido inerte, todos los esfuerzos de la Iglesia romana para atraérsela han sido tambien inútiles. El sentimiento de esta impotencia desesperaba á Gregorio VII, lo declara en sus cartas. A mediados del siglo quince se intentó la última prueba en el concilio de Florencia, he dicho ya que fracasó. Hé aquí, pues, á Grecia y á Italia divorciadas sin ninguna esperanza de reconciliacion. Pero lo que fué imposible á la Iglesia y á los sacerdotes, lo consuma el arte. No son los sacerdotes quienes resuelven la cuestion de alianza planteada por el concilio, son los artistas. En estas pocas palabras está toda la explicacion del génio del renacimiento.

La obra, que era superior á las fuerzas del papa y del concilio, la cumplen Miguel Angel y

Rafael, quienes unen el alma de Atenas al alma de Roma cristiana. No distinguireis la una de la otra en esos milagros del arte nuevo. Sí, Grecia é Italia que una teologia inferior dividia aún, empiezan á reconciliarse en un arte más elevado: viven, respiran juntas, no se separaran jamás en los monumentos de esos grandes hombres. Las figuras que trazan en los muros del Vaticano no son caprichos de la imaginacion; emblemas de la alianza futura, esas formas dan un cuerpo al sueño que el papado tenia ya por imposible. Tal es el primer acto del cisma. La Iglesia romana no hace caso; pero pronto empieza otra advertencia, parte de la Provenza y de los Alpes.

Nada menos semejante á la excision de Grecia; ni los doctores ni las doctrinas sábias entran para nada en este suceso. Pueblos miserables, nombres nuevos, los Vodenses, los Albigenses, oraciones en las montañas, el culto vuelto, se dice, á la cruz de los bosques, vagos lamentos salidos del corazon, hé aquí todo lo que se sabe de esa iglesia nueva. Sin duda será fácil abogarla, y en efecto, el catolicismo desencadena contra los Albigenses la cólera que acababa de arrebatár al Coran. Santo Domingo lleva consigo la palabra de España; esta palabra no tarda en convertirse en muerte y exterminio. ¿Qué es la Inquisicion sino el espíritu de guerra, el génio musulman envolviéndose en apariencias cristianas? Ocultar la cimitarra árabe bajo el Evangelio, hé aquí el



secreto del Santo Oficio de España y de los hermanos predicadores. Bajo esta nueva forma, el catolicismo y el islamismo se unen para ahogar en los Albigenses á los oscuros precursores de la reforma. No se necesitaba tanto. Anonádase el génio precoz de la Provenza; se arranca su idioma á esta sociedad; hácese un rápido auto de fé de una civilizacion muy atrevida. Todo desaparece, su génio, su gloria prematura; su heregía, y su pecado son aún un misterio.

Parece que no podía hacerse más para disipar este primer gérmen de independencia, y sin embargo, algo se olvidó: porque oíd lo que sucede. Aquella sociedad tenia multitud de poetas; la mayor parte protestan contra la violencia de la Iglesia, hablan con energía nunca vista, de suerte que la poesía moderna nace en lo que se llama la heregía. La voz de estos hombres es penetrante; atraviesa los Alpes y cosa digna de asombro! su acento de reproche, de invectiva, será en ménos de un siglo el tono dominante de los poetas de Italia, quienes se encargan de los funerales de la Provenza.

¡Extraños papistas el Dante, Petrarca, Boccaccio! ¡No hay ultraje que no dirijan á la Iglesia! En la grave España, uno de los monumentos más antiguos de su poesía es el del arcipreste de Hita, una parodia del culto y de las órdenes católicas. ¡Qué es esto sino la misma reforma, mostrándose, agitándose, anunciándose bajo las formas del arte? Pero no se la reconoce todavía.

Secree que los poetas se divierten en imaginar quimeras. La Iglesia se burla de los signos; sentada á su festin de Baltasar, no se inquieta de lo que se escribe en la pared: entonces el peligro avanza un paso, y la advertencia no puede ser más clara.

Los poetas no han sido oídos, los doctores van á hablar. Lo que decían en el lenguaje de la inspiracion los Dantes, los Petrarcas, será repetido, explicado, en forma lógica, por los maestros de la ciencia: los Pedro de Ailly, los Cle-mangis, los Gerson. Demuestran estos que, siguiendo por el camino en que ha entrado, va la Iglesia á su ruina; sírvense de un lenguaje riguroso para probar científicamente la degradacion moral del órden del clero: la inminencia del peligro hace que nadie piense en disimular el mal; léjos de esto, admitiré, si se quiere, que el temor lo exajera.

Por lo demás, el signo distintivo de esos procesos de los notables de la cristiandad en el siglo quince es la tristeza, la falta de esperanza, la fatalidad que cubre al porvenir. Por primera vez ois pronunciar la palabra *Reforma*: repítenla á cada momento, pero no comprenden su sentido sino á medias, y no engendra en ellos la esperanza de un nuevo órden de cosas. Quisieran volver á entrar, á enclaustrarse en el pasado; el presente es insoportable, el porvenir les espanta. Ultimos testigos de la edad-media, sufren con todos los sufrimientos de los precursores, no pu-



diendo decirse claramente á sí mismos, ni lo que rechazan, ni lo que desean, ni lo que esperan.

Mientras que estos espíritus son por sus mismos sufrimientos el signo más visible del peligro, ¿qué hace el papado? Hemos hablado imparcialmente de su época de grandeza; tenemos derecho á hablar de lo que es en su decadencia. Figúraos á esa reina de la unidad convirtiéndose, por ironía de lo alto, en la figura de la division. Con frecuencia hay tres papas, cada uno tiene su cónclave, sus concilios, su santa sede, su cristiandad; persíguense, excomúlganse, anatematizanse mutuamente; no pueden aniquilarse, renacen unos de otros como la serpiente del Apocalipsis, por manera que la institucion establecida para representar la unidad inmutable, representa la anarquía imposible, monstruosa; un mismo cuerpo armado de tres cabezas que se devoran.

Dicho espectáculo no dura sólo un momento; presencialo toda Europa durante setenta años. Faltó poco para que no se eternizase esta figura apocalíptica del desórden, porque el vértigo del papado fué contagioso, se comunicó á la sociedad temporal. No hablo únicamente de Carllos VI, de Wenceslao, de esos locos coronados que llevan al trono el espíritu de desórden de la Santa Sede.

Es cierto que todas las naciones de la cristiandad, ganadas á su vez por la locura, se des-

garran á sí mismas á imitacion (1) del papado. Cada pueblo se dá muchas cabezas. Hay á la vez cinco reyes de Aragon, tres de Nápoles, dos de Francia, dos de Inglaterra, dos emperadores de Alemania.

Si del órden político se pasa al moral, se vé que en el fondo del corazon todos los hombres, al principio del siglo quince, están tan divididos como la jefatura de la Iglesia. El tipo de anarquía que entronizan los papas con escándalo, se realiza fielmente en el alma más oscura. Era necesario. Para que el papado pudiera ser legítimamente combatido en el siglo XVI, era menester, de una parte, que fuese sordo á las advertencias más claras, y de otra, que él mismo creáse en el fondo de los espíritus el principio que debía herirle.

Pero aún no bastaba; ese resto monstruoso del papado puede defenderse; el nombre de Gregorio VII cubre sus girones. Es hora de que la Iglesia misma principie á arruinarle, mostrando un poder superior al de la Santa Sede. (2)

---

(1) Estos hechos habian ya llamado la atención, en tiempo de Felipe II, de un historiador de gran sentido, de Zurita: «En lugar del único pastor universal, habia tres, y el poderío temporal de él nunca pasó tanto peligro, ect.» Véase *Anales de la Corona de Aragon*, Tomo II, pág. 458.

(2) Tal fué la obra de los concilios de Pisa y de Costanza.



Vióse entonces claramente cuan profunda era la herida de la Iglesia, puesto que apenas se osaba tocar á ella. Estas Asambleas se tomaron un gran trabajo para demostrarse que la fuente de la autoridad, la soberanía plena, procedía de ellas, que el papa era sólo su delegado. Lo traen á su barra, y destituyéndole, decapitan al catolicismo. Sin duda vá á terminarse obra tan audazmente iniciada. Pero nó, apenas el concilio se ha probado á sí mismo su poder, se espanta. Su responsabilidad le abrumba, no piensa más que en abdicar. Cuando el mundo espera una constitucion nueva de la religion, apenas si traza apresuradamente algunos artículos sin vida. Todos los individuos, impacientes por acabar, piden la *paz*, la *pax*; triste consigna del Concilio de Constanza. Pero este pánico del espíritu sólo produce una tregua. No se curan los males que no se miran de frente.

¿Qué apercibió, pues, el concilio para ser presa de tal terror? Ve en su presencia dos hombres, Juan Huss y Gerónimo de Praga, que desconciertan todas sus combinaciones. Ambos acusados son para el concilio, bajo muchas relaciones, los mensajeros del porvenir.

No creais, en efecto, que Juan Huss haya sido quemado vivo por una idea particular, no; su causa era más grande. Tenia las mismas creencias que el Concilio; desechaba, aprobaba las mismas doctrinas, y sin embargo, fué quemado vivo; ¿porque? Hélo aquí: no se exigia de él sino una

cosa, abandonarse á la Asamblea, es decir, reconocer en ella la entera y plena infalibilidad. Una palabra hubiera podido salvarle, y no quiso pronunciarla: prefirió morir. Y es que lo poco que se le pedia, implicaba la abdicacion de su conciencia individual; la abjuracion del porvenir. Se creia haber hecho mucho trasladando la sede de la infalibilidad, del Papa al Concilio; y he aquí que un desconocido, Juan Huss, representando un nuevo poder, el advenimiento de la conciencia individual, no reconoce la dictadura de uno ni de otro. El Concilio que se nombraba soberano despues de destronar al Papa, se encuentra el mismo destronado por la simple palabra de un hombre que le niega: no se podia dejarle vivir. (1)

Entre la Asamblea y Juan Huss hay una cuestion de poder, de soberanía. ¿Abdicará, desaparecerá el individuo ante el Concilio, como desaparecia ante el papa? ¿Quiére el mundo un cambio de forma en la dictadura, ó más bien la conclusion de la dictadura en el reino del espíritu? ¿Es una reforma ó una revolucion lo que se prepara?

El heroismo de Juan Huss mostró lo que apenas se sospechaba; que habia nacido en el mundo un poder invencible al Papa y al Concilio. La Asamblea sintió que se habia roto para

---

(1) Era necesario que muriese, dice Lutero. *Ipsum perire necesse erat.*



siempre contra una nueva autoridad. Juan Huss le arrebató el poder de que ella había privado al Papa. No quedó realmente en pie sino el derecho y la conciencia del hombre que se iba á entregar á la hoguera.

Desde este momento los Concilios perdieron todo instinto novador. Habían creído ser muy atrevidos, y veían que empezaba una revolución, donde ellos sólo querían una transacción. Antes de separarse arrojan al Rhin las cenizas de Juan Huss y de Jerónimo de Praga; el Rhin las devuelve á la orilla, y de este limo nace Lutero.

Así la Iglesia antigua se despedaza á sí misma; pero la explosión no estalla aún. ¡Momento indecible de dolor y de esperanza! El alma humana queda al descubierto. De todos estos sentimientos se forma en silencio un libro único en el mundo, la *Imitación de Jesucristo*, la única de las obras de la edad-media que habla igualmente al corazón del católico y al corazón del protestante. Porque cuando el Papa y el Concilio están, por decirlo así, ausentes, el alma se aprovecha de ello para abrir su corazón y hablar sin intermediario con el Dios cristiano; es una conversación privada, íntima, en los confines de dos mundos, entre el Dios y el creyente del Evangelio. El sacerdocio, la tradición, la ciencia acumulada de los Doctores, todo lo que los siglos habían reunido se hunde en el abismo; desaparece una época; queda en lo infinito un corazón que se abre y clama.

En el fondo, la historia de la religión se divide en tres épocas: en la primera, el pueblo no se atreve á oír la palabra de Dios; quiere que le sea transmitida por un intérprete. Recordad cuando los judíos dicen á Jehová; «habla á Moisés, no nos hables á nosotros, no muramos al estruendo de tu voz.» En el catolicismo de la edad-media apodérase de los pueblos el mismo pavor, y es la Iglesia quien se interpone entre su conciencia y el discurso de lo alto. Los pueblos siervos no osan abrir sus ojos al lenguaje del cielo, tienen miedo de oír una voz de tempestad que los aniquile; el sacerdote se encarga de transmitir su eco debilitado: la grandeza del libro de la *Imitación de Jesucristo* consiste en poner término á estas épocas.

Ni Moisés, ni la Iglesia, ni los santos, ni los profetas se interponen ya para servir de mediadores. Emancípase el alma humana. ¿Qué necesidad tiene de encargarse su oración á un sacerdote ó un doctor? Álzala, llévala por sí misma directamente, sin la protección de las gerarquías celestes. No es este el monólogo de Allah que no sufre interrupción; es un diálogo seguido entre el Creador y la criatura, que vuelven á encontrarse frente á frente en las ruinas de la Iglesia. De un lado, Cristo de la edad-media baja de su Cruz ensangrentada y se inclina hacia la tierra; de otro, levántase del polvo el alma solitaria, el corazón del pueblo: Dios y el hombre dan cada uno un paso; no se conocían ya, no se ha-



blaban sino por medio de embajadores; siempre surgía entre ellos una tercera persona. Ahora, por el contrario, se encuentran de nuevo en la intimidad del Edén; el hombre cargado de años, de dolores, refiere su larga vida á aquel que no ha entrevisto desde las escenas del Génesis. Reanúdase al cabo de seis mil años, á las puertas de la Iglesia, la antigua conversacion bajo el árbol de la ciencia del bien y del mal. Soledad, efusiones, confidencias rápidas, cuando retirándose el sacerdote, deja á Dios y al hombre tocarse, penetrarse, explicarse sin testigos.

¿Quién no vé que el encanto penetrante del libro mencionado nace de esta intimidad misma, despues de tantas palabras oficiales puestas en lábios de la Iglesia? El hombre es sacerdote de sí mismo. Su Dios que es al mismo tiempo su doctor, su director, su confesor, le enseña, le bautiza, le ordena en la vida nueva. ¿No sentís que se oculta en ese libro toda una revolucion? Por mi parte, no puedo ménos de reconocer en él el soplo precursor de una era nueva. El génio de la reforma, en su fuente más pura, mézclase en él á la antigua creencia. ¿Qué más dirá el protestantismo contra el culto exterior, las imágenes, el yugo estéril de la tradicion? ¿Qué más hará para celebrar los ritos del corazon? ¿No es extraordinario que haya en el mundo un libro que haga gustar al católico el espíritu de la reforma sin la protesta, y al protestante el espíritu del catolicismo sin la servidumbre? Une es-

te libro á los que otros separan; todos ven en él su rito y su Iglesia; es el libro de alianza en medio de la guerra.

He buscado largo tiempo á mi vez quien es su autor; habria sentido descubrirlo, porque me parece que hay algun sentido en este misterio. En el siglo quince, cuando Europa vá á desgarrarse en multitud de sectas, arrójase al mundo un libro religioso; no se sabe de dónde procede, pero todos pretenden haberlo escrito. Francia, Alemania, Italia, reconocen tan bien en él el fondo de su pensamiento que todas declaran ser su autor. Estos pueblos van á pelear encarnizadamente durante dos siglos por Iglesias diferentes; entre tanto, cada uno se atribuye la composicion del mismo libro, es decir, el mismo ideal; en cierto modo, protestan con esto contra sus propios furoros. ¿Puede patentizarse más la identidad de la conciencia moderna? Ese libro es una promesa de reconciliacion hecha en la víspera de la batalla.

En las épocas anteriores, los libros sagrados llevaban el nombre de un hombre y el sello de una Iglesia; pero la obra sagrada que inicia la edad moderna, no pertenece á nadie en particular. No lleva el sello de ningun profeta, de ningun sacerdote, ni siquiera el de un pueblo. No ha recibido su autoridad de ningun clero. Pertenece á todos. No busqueis á su autor. No es la obra de Gerson, ni de A' Kempis, de la Iglesia de Roma ni de la de Byzancio; es el fruto misterioso



de las entrañas de la nueva humanidad.

Así, hé aquí un signo que se agrega á los anteriores. El monumento cristiano más visiblemente inspirado desde el Evangelio, el que corona la tradición, se termina á espaldas de la Iglesia. No puede esta decir quien lo ha recibido, que hombre, que pueblo; todo esto queda para ella completamente extraño. Esa conversacion divina entre su Dios y el desconocido tiene lugar bajo su sombra, y ella no ha oido una palabra; hasta ignora de que se la quiere hablar: (1) sabe precisamente á que hombre, á que tiempo debe atribuir los Proverbios de Salomon, el Apocalipsis, la más insignificante de las Epístolas; pero respecto de esa palabra aún tibia del cristianismo viviente, no le preguntéis nada, no está en el secreto. Todo lo que puede decir es que cierto día hallóse un libro santo, pero que no lo ha escrito, que no pasó por sus manos. Y ¿qué más hemos de decir nosotros cuando pretendemos que ha cesado de ser la intérprete y la confidente única del Dios vivo?

Falta hacerle sufrir una última prueba, la más grande de todas, á fin de saber si al perder la huella de los libros santos, la Iglesia ha perdido también el sentido de las acciones inspiradas. La historia de Juana D' Arc servirá para esta prueba. La Iglesia volverá á ver la maravilla de los

(1) Es verdad que no le es difícil clasificar las revelaciones de los muertos.

Apóstoles, y no la reconocerá. Encontrará en la vida lo que celebra con erudicion en los libros, y lo maldecirá. Una palabra que trasfigura á una pastora, como otras veces á los pescadores de Galilea, los milagros del alma vueltos á hallar, la fuerza que atraía á los discípulos, la impotencia trasformada en poder invencible, todo un nuevo capítulo del Evangelio, se muestra á la Iglesia, en carne, en verdad, y en estos prodigios del espíritu que superan á la naturaleza, no vé más que magia. No puede creer que el alma baste para embotar las espadas. Lo que glorifica en sus ceremonias, en los salmos, en el tratado de los Macabeos, aparece de pronto, vivo y presente á su vista, y lo llama vision, alucinacion, sortilegio. Cuando se encienden los tizones, cuando el espíritu vá á ser nuevamente crucificado, no exhala un grito, no desgarrá su velo; por el contrario, ayuda al verdugo. En el nuevo calvario de esta nueva pasion no vé más que hechicería. Entonces terminan las pruebas; decídese que la Iglesia debe ser condenada, que Francia y el mundo no le pertenecerán exclusivamente en adelante.

Ya veis cuanta paciencia se tuvo con la Iglesia; la tormenta no descargó de improviso. Antes de abandonarla, el espíritu de vida llamó muchas veces á su puerta, y la puerta no se abrió. Habiendo intentado el alma en vano todas las puertas para penetrar en el recinto de la ortodoxia romana, era absolutamente inevitable



un cambio que no podia partir de ninguna de las autoridades constituidas del catolicismo. ¿Cómo habria procedido del papa, él, que durante setenta años habia representado la anarquía en vez de la unidad, y que habia sido desautorizado por el Concilio? ¿Cómo la reforma habria venido del Concilio, él que nada osó, apresurándose á anonadarse en la sombra de papa que acababa de crear? Habiéndose desposeido mutuamente el Concilio y el Papa, ¿qué quedada? La necesidad de una revolucion.

La antigua autoridad se ha destruido á sí misma; el trono visible de Dios está vacío; ¿quién vendrá á ocuparlo? Un poder nuevo, no gastado aún por ninguna concesion, el que mostró Juan Huss, la conciencia del hombre sustituida á la conciencia del clero; y no será esto una usurpacion, porque la Iglesia, al herirse, parecia entrar ella misma en el complot.

Si la reforma hubiera estallado ántes, habria podido llamársela rebeldía, heregía, porque las plazas estaban tomadas y ocupadas por el Papa ó el Concilio; pero á la hora en que llega, ámbos, destrozándose mutuamente, tienen necesidad de un heredero. El papa habia sido desposeido ántes de que sobreviniera Lutero; tratábase de proveer, no de usurpar, la Sede del espíritu. Hé aquí lo que legitima á la vez la Reforma religiosa y la Revolucion francesa.

¡Para qué han servido tantas hogueras, las de Juan Huss, de Jerónimo de Praga, de Savo-

narola, de Juana D'Arc, sino para encender la pura llama del porvenir! Al arrojar estas cenizas al viento se sembraba un siglo nuevo.

Nos quejamos hoy si por casualidad los hombres del pasado tratan de abrir alguna profunda herida en nuestro corazon; nos quejamos, y deberíamos regocijarnos porque es por la violencia de este último asalto del pasado por lo que debemos medir el vuelo del porvenir. El siglo quince engendra con dolor la Reforma. ¿Y creeremos nosotros que no debe brotar nada de esta noche en que se quisiera volvernos á sumir? ¡Noche sin sombras! No nos entristezcamos si toda Europa fermenta. Es preciso que ningun pueblo, que ninguna ciudad, que ninguna cabaña permanezcan extraños á la concepcion de la vida universal. ¡Pero este es un espectáculo triste, vergonzoso para la razon humana! ¿Y desde cuándo hemos dado un paso sin pagarlo con una pena? ¿Se verificará hoy sin angustia el nacimiento de un mundo nuevo? Nó, no puede ser; no escaparemos á la ley de los tiempos precursores. A medida que los hombres se obstinan en que retrocedamos, con mayor ímpetu somos impelidos hácia adelante por una fuerza superior. Nuestro dolor dará paz y ventura á los que vengan detrás de nosotros.

---